

Retrato

Mi madre era pulcra y precisa.
Vivía sin variación de conducta,
sin desaparecer ante nadie
ni tampoco ocupar más espacio
que el de estar bien plantada.

En cada uno de sus bolsos había un
/ bolígrafo
que hacía juego con el color de la piel,
un frasquito de perfume,
un encendedor y una pitillera vacía
aguardando la cajetilla de cigarros.

Y sin embargo
le gustaba arriesgar y sorprender
y el humo de una mesa de cartas
y la vertical ante el mantel
y las bromas

y en la soledad,
el silencio profundo
de las buenas novelas policíacas.

A sus sentidos afinados
hasta lo imperceptible
nada se les escapaba;
a ella le gustaba
estar atenta,
tanto como le desagradaban
la suciedad y el ruido.

Llevaba su frasquito de perfume
como si fuera un secreto;
en los cines, nosotros,
para evadirnos de los malos olores
y concentrarnos en la película,
por debajo se lo pedíamos
como otros hijos a sus madres,
en voz alta, la bolsa de palomitas.

En la casa y el cine era mi madre,
en el colegio, mi profesora;
su aplomo no confundía
el hijo y alumno
y yo pasaba de lo uno a lo otro,
de su intimidad a su intemperie,

sin muchas dificultades,
pero sin raspaduras:

mis compañeros,
a veces, me sentían su hijo
y me veía obligado
a recordarles,
más allá de mi apellido,
mi nombre;

después de tantos golpes
aprendí lo que era mantener
muy bien las diferencias;
a igualarme con ellos
en el colegio,
y en el colegio,
a desvincularme de ella.

En sus clases,
de Geografía e Historia,
nada se movía,
yo incluido,
por miedo a ser su blanco;
en la casa había una atmósfera
más relajada y más tibia. —